

cuando entró el Papa por la galería del castillo, porque no había querido salir ántes de San Pedro, no pudiendo imaginar que se atreviesen los imperiales á entrar en Roma.

»Fijéme en seguida en las piezas de artillería, llamé algunos hombres ménos asustados que los demas, y cogiendo en el acto una mecha apunté algunas piezas al punto conveniente, y derribé muchos soldados enemigos: á no ser por esto, parte de los que habian entrado por la mañana en la ciudad y que se dirigian al castillo, hubiesen podido penetrar en él. Hacía fuego continuo, por lo que me bendecian muchos cardenales y señores que me miraban. En fin, aquel dia salvé el castillo, y conseguí con mi ejemplo reanimar el valor de los bombarderos que se retiraban. Todo el dia estuve ocupado en este trabajo. Habiendo nombrado el Papa al señor Santa Croce jefe de la artillería, entró aquella misma tarde en el fuerte, en el momento en que el ejército penetraba en Roma por el barrio del Transtevere. Su primer cuidado fué buscarme, felicitar me mucho, y darme cinco hermosos cañones, que se colocaron en el puesto más alto, llamado el *Angel*. Este sitio es una plataforma de toda la extension del castillo, desde la que se ve Roma y la campiña. Puso á mis órdenes bastantes bombarderos: asignóme paga y viveres, y me recomendó continuase como habia empezado.

»Cuando cerró la noche, estando ya los enemigos en Roma, como siempre he gustado de cosas nuevas, complacíame en considerar el desórden de una ciudad tomada por asalto, cosa que veía desde el puesto que ocupaba, mucho mejor que los que se encontraban en el interior del castillo. Durante un

mes entero que estuvimos sitiados, hice jugar continuamente la artillería, y cosas me ocurrieron dignas de ser referidas; pero omitiré parte de ellas para ser breve y no alejarme demasiado de mi principal objeto »

IX.

Agradeciendo el Papa aquellos servicios, le visitó varias veces en su puesto, y en una de ellas le demostró Benvenuto el alcance de las piezas partiendo en dos á un coronel español que tomó por blanco de una culebrina; y arrojándose en seguida á sus piés, le pidió perdon por los homicidios que cometía en defensa de la Iglesia.

Ajustada la paz entre Roma y España, licenciaron á Benvenuto, que regresó á Florencia con la bolsa repleta, un buen caballo y un paje. Su padre estuvo á punto de morir de alegría al verle en salvo, rico y poderoso, rogándole, así como tambien dos hermanas suyas, que marchase á Mantua para librarse de la peste que comenzaba á consternar á Florencia. Benvenuto escuchó el consejo, montó á caballo y partió. Allí encontró á Julio Romano, el discípulo querido de Rafael, que rinde homenaje á su prodigioso talento; pero disgustándole el mal clima de Mantua, volvió á Florencia. Había muerto su padre de la peste, y no encontró mas que á su hermana Reparata, casada; por lo que marchó á Roma, uniéndose de nuevo á sus amigos los *bravi* y los artistas.

La audiencia que obtuvo del Papa el Juéves Santo para que le absolviese de la excomunion, es uno de los pasajes más pintorescos de sus Memorias.

«Encaminámonos Jacobino y yo hacia palacio, el día de Jueves Santo; y como á él le conocian, y á mí me esperaban, nos introdujeron en la cámara del Papa sin esperar la audiencia. Encontrábase algo indispuerto, y le acompañaban el señor Salviati y el arzobispo de Capua. Pareció que mi presencia le regocijaba mucho; acerqueme con respeto, le besé el pié, y viendo que tenía que decirle cosas importantes, hizo una señal con la mano para que se retirasen, hablándole yo entónces en estos términos:

»Santisimo Padre, desde el saqueo de Roma no he podido recibir la comunión, porque no han querido absolverme. La razon de esto ha sido que cuando fundí el oro de vuestras joyas y el de vuestra tiara, el caballero á quien encargasteis de pagarme me recompensó con injurias. Viéndome sin recursos para regresar á mi casa, acudí á las cenizas de aquel oro, de las que extraje libra y media próximamente, con intencion de devolvérselo en cuanto pudiese. En este momento me encuentro á los piés de Vuestra Santidad, que es verdadero confesor, y le pido me perdone y permita confesar y comulgar, para que pueda obtener la gracia de Dios.—Exhalando entónces el Papa algunos suspiros, arrancados tal vez por sus pasadas desgracias, pronunció estas palabras: «Benvenuto, creo lo que me dices, y te absuelvo de ese pecado y de todos los que hayas cometido, aunque me hubieses tomado el valor de una de mis tres coronas.—Santisimo Padre, le repliqué, no he tomado otra cosa, y ésta no llega á valer ciento cincuenta ducados, que, unidos á igual cantidad que recibí del dinero de Perusa, me sirvieron para llevar socorros á mi anciano y desgraciado padre.—Tu padre era muy hombre de bien, dijo el Papa, y tú le pareces. Sien-

to mucho no haber conocido bien tus servicios ántes, y me hubiese alegrado de que ese oro valiese más: marcha, pues, á confesarte, si no tienes otros pecados reservados, y cuando hayas recibido la comunión, ven á verme, porque te quiero mucho.»

»Cuando salí del palacio, Jacobino manifestó mucha curiosidad por saber qué habia dicho á Su Santidad, preguntándomelo dos ó tres veces; pero le contesté que no queria decirselo porque no le importaba. En seguida fui á cumplir con mis deberes cristianos, y pasadas las fiestas, volví á ver al Papa. Recibíome tan bien como siempre, y me dijo que si hubiese llegado ántes, me habria encargado rehacer las coronas que rompimos en el castillo; pero que me encomendaria trabajos más importantes, en los que podria mostrar todo mi talento. «Quiero que trabajes en el broche de la capa pontificia. Este broche ha de tener cerca de ocho pulgadas de diámetro, y ser perfectamente redondo. En medio relieve ostentará la figura de Dios Padre, y emplearás de la mejor manera posible este soberbio diamante. Caradosso lo comenzó y no lo ha concluído. Para que pueda usarlo algunas veces aún, hazme prontamente un modelo.

En aquella época mataron al hermano de Benvenuto de una puñalada en el puente de Sant-Angelo. El artista juró vengarlo, y mató al matador de otra puñalada; el Papa le perdonó, aconsejándole se guardase de sus enemigos.

«Entónces abrí un taller muy hermoso en los *Banchi* enfrente del de Rafael, dice Benvenuto. El Papa me mandó todas sus joyas, incluso el grueso diamante que empeñó á un banquero genoves en un día de apuro. Ayudábanme cinco oficiales excelentes, y mi taller resplandecía de oro, plata y ricas pedrerías:

tenía un hermoso perro de pelo largo, que me había regalado el duque Alejandro, y que, además de ser buen cazador, era seguro guardian de la casa, y además una hermosa muchacha que me servía de modelo cuando la necesitaba, y que vigilaba todas mis cosas. Una noche en que, contra mi costumbre, dormía profundamente, un hombre que en calidad de platero había venido muchas veces á mi tienda, viéndola ricamente provista, entró para robarme; mi perro se lanzó sobre él, le rasgó la ropa, persiguió en la calle, y creo le habría estrangulado si el ladrón no hubiese pedido socorro á los transeuntes. Cuando amaneció y bajaron los oficiales á la tienda, lo vieron todo trastornado, y abiertos los armarios. En el acto lanzaron gritos que me despertaron y advertieron de lo que acababa de pasar. De tal manera me aterró que no tuve valor para abrir la caja donde estaban las joyas del Papa, diciendo á los oficiales que la registrasen ellos. Cuando vieron que estaba intacta la caja y en ella todos los tesoros, lanzaron gritos de alegría, lo que me devolvió las fuerzas é hizo que diese gracias á Dios. Cuando reflexioné sobre aquel acontecimiento, espantóme la idea de que podían acusarme del robo y decir que lo había fingido para apoderarme de las joyas de Su Santidad. El Papa lo supo muy pronto por un servidor suyo y por otros varios, que fueron Francisco de Nero, Zanna, Billioti, su computista y el Obispo de Vaison (1). «Santísimo Padre, le dijeron, ¿cómo habeis podido confiar tantas riquezas á ese aturdido jóven?—¿Habeis oido decir, les contestó el Papa, que haya robado á alguien?—Eso consiste, dijo Nero, en que no ha tenido ocasion.—Pues

(1) Jerónimo Schio, de Verona, confesor del Papa.

bien, replicó el Papa, continuó considerándole hombre de bien.»

«Sin perder momento, corrí á palacio llevando la caja para entregarla al Papa, á quien Nero (1) había prevenido en contra mia, sugiriéndole mil sospechas. «¿Qué me quieres, me dijo con terrible mirada y alterada voz.—Os traigo, contesté, vuestras joyas, sin que falte ninguna.—En ese caso, repuso el Papa más tranquilo, eres realmente *bienvenido*.» Mientras contaba las joyas, le referí mi desgraciada aventura en presencia del que me había acusado; y el Papa, después de mirarme muchas veces con la mayor atención, rió de lo que le había dicho, y me recomendó continuase siendo hombre de bien como lo había sido hasta entónces.»

El papa Clemente VII, protector de Benvenuto, murió admirando sus obras maestras.

Elegido papa pocos dias después el cardenal Farnesio, envió un emisario á Benvenuto para encargarle trabajo y prometerle protección: mas el poderoso Pier Luigi, asesinado más adelante en castigo de su ingratitud, declaró enemistad á Benvenuto, obligándole á refugiarse en Florencia, donde le acogió perfectamente el duque Alejandro de Médicis, dándole gruesa suma de dinero para que fuese á Venecia y volviera pronto á trabajar para él. disgustóse allí con el escultor Sansovino, que engreído con su mérito se creía superior á Miguel Angel, y volvió á Florencia con su amigo Tribolo.

(1) Este Francisco Nero, que acusaba á Benvenuto, era hombre de dudosa probidad, según *Varchi*.

X.

«Pocos días despues, dice, volvimos á Florencia, y durante el viaje nos hospedamos en una posada cerca de la Chioggia, cuyo dueño nos pidió el pago por adelantado é invitó á que nos fuésemos á dormir sin tardanza. Parecióme demasiado nuevo este procedimiento, y le contesté que era costumbre pagar al partir. «Mi costumbre es la que he dicho,» contestó; y le repliqué: Pues haced un mundo para vuestro uso. «A pagar, y basta de palabras,» exclamó.

»Medroso como siempre Tribolo, me contenia, por temor á que al posadero se le fuera más la lengua: pagamos como deseaba, y nos acostamos.

»Las camas eran nuevas y esmerada la limpieza de la habitacion que nos dió; pero descansé poco pensando toda la noche en vengarme de su impertinencia. En tanto se me ocurría incendiar la casa, en tanto estropearle cuatro caballos excelentes que tenía en la cuadra; pero temia que Tribolo no pudiese escapar conmigo. Mandé, pues, llevar mi equipaje á la barca, en que habíamos de cruzar el rio, hice entrar en ella á Tribolo, y le encargué no partiese hasta que regresara yo de la posada donde habia dejado olvidadas las zapatillas. En seguida llamé al posadero, que me mandó al diablo. Estaba en la posada un mozo de cuadra medio dormido, que me dijo que el amo no se incomodaria ni por el Papa, y me pidió la propina; mandéle que fuese á dar conversacion al que tenía la cuerda de la barca, mientras yo buscaba las zapatillas, y esperase allí hasta que volviese. En seguida cogí un cuchillo y marché con propósito de destrozár las camas nuevas del po-

sadero; de manera que le hice al ménos por cincuenta escudos de daño, y guardando algunos pedazos de las colchas en los bolsillos, dije al barquero que nos llevase. Tribolo, que habia olvidado verdaderamente las correas de su maleta, queria volver tambien á la posada, y solamente pude impedirlo entrándole del daño que habia hecho y enseñándole los trozos de las colchas. Terrible miedo se apoderó de él, y no cesaba de instar al barquero para que soltase la amarra, no creyéndose en seguridad ni cesando de temblar hasta que se vió en Florencia. Entónces me dijo: «Por el amor de Dios, guardad la espada y no me hagais nada, porque á todas horas me parecia sentirme atravesado el pecho.—Compañero, le contesté, niágun trabajo os costará guardar la vuestra, puesto que no la habeis desenvainado.» En efecto, jamás ví cobarde semejante. Al escucharme, miró la espada y contestó: «Verdad es, lo mismo está que estaba cuando me puse en camino.» Indudablemente le parecí mal compañero de viaje; y yo pensé lo mismo de él, porque de nada me habia servido, como se comprenderá por lo que acabo de referir.»

XI.

El duque Alejandro de Médicis le recibió bien y le encargó hacer los cuños de sus monedas, y su retrato. En la intimidad de sus relaciones vió muchas veces al Duque durmiendo solo en su cámara en compañía de su primo Lorencino que ya meditaba el asesinato del gran Duque. Lorencino favorecia los vicios de Alejandro, haciéndose pasar, como Bruto, por idiota y cobarde; y so pretexto de secreta cita dada por una hermosa señora de Florencia, de

quien sabía estaba enamorado Alejandro, le arrastró solo de noche á una celada, le dió de puñaladas, y huyó á Ferrara.

En una de sus conversaciones con Benvenuto, rogó Alejandro á Lorencino que se uniese á él para comprometerle á no regresar á Roma. «Lorencino, dice Benvenuto, accedió con frialdad, mirando de mala manera al Duque. Cuando terminé el modelo, lo encerré en una cajita y dije al Duque: Descuide vuecelencia, le haré una medalla más hermosa que la del papa Clemente, porque aquélla fué la primera que hice; y Monseñor Lorenzo, que posee ciencia y talento, me dará idea de un reverso que sea digno de vos. Sonrió el Duque, y mirando á Lorenzo: «Dadle el reverso, le dijo, y no se marchará.» Lorenzo respondió en el acto: «Uno he de daros que sorprenderá á todo el mundo» (1). El Duque, que le consideraba cobarde, se echó á reír y se rebujó en el lecho. Sabiendo despues que á pesar suyo habia partido, me envié cincuenta ducados á Siena, donde me alcanzó un criado suyo, quien me dijo de parte de Lorenzo que me preparaba un *hermoso reverso* para mi vuelta.»

Poco dias despues de su regreso á Roma, llegó la noticia del misterioso asesinato de Alejandro. Consternado quedó Benvenuto, y comprendió entónces el sentido infame de la palabra *reverso* de la medalla. Los fugitivos de Florencia, enemigos del Duque, creyeron en la vuelta de la república. Mas el siguiente correo llevó la noticia del nombramiento de Juan de Médicis para el puesto de su hermano. Alegróse Benvenuto y más aún por haber conocido mejor la volubilidad de los toscanos.

(1) Deseaba matario, como lo hizo despues.

XII.

El papa Farnesio, que quería la amistad de Carlos V, hizo llamar á Benvenuto y le encargó para este Príncipe, á quien esperaba en Roma, unas tapas de oro macizo rodeadas de diamantes de enorme valor, para encuadernar un breviario.

«En seguida puse manos á la obra, dice Benvenuto, y poco tiempo despues se la llevé al Papa, quedando tan maravillado de su perfeccion, que me colmó de elogios y prohibió al necio Juvenal, su ministro, que se mezclase en mis asuntos.

«Casi terminado estaba aquel precioso libro cuando llegó el Emperador á Roma, en medio de arcos triunfales y fiestas, que otros sabrán describir mejor que yo. En la primera entrevista, aquel Príncipe regaló al Papa un hermoso diamante que habia costado doce mil escudos, y que yo debía montar en un anillo á la medida de su dedo; pero Su Santidad quiso que primero llevase el libro, aunque sin concluir aún. Consultándome acerca de las excusas que podríamos dar al Emperador sobre aquella imperfeccion, dijele que la mejor sería mi enfermedad, en la que fácilmente creeria S. M. al verme tan flaco y estropeado. «Muy bien, me dijo el Papa; pero es necesario que tú mismo se lo ofrezcas de parte mia;» añadiendo lo que debía hacer y decir en en aquella coyuntura, repitiéndolo yo todo delante de él. «Perfectamente, dijo el Papa, si no te turba la presencia de un Emperador.—Nada tema Vuestra Santidad, contesté; obraré y hablaré mejor aún. El Emperador viste y tiene el aspecto de los demas hombres, y no me turbo delante de Vuestra Santi-

dad, á pesar de su augusta dignidad, de sus ornamentos pontificios y de su ancianidad.»

Aquel Príncipe mandó darle cincuenta escudos. Juvenal, ministro y confidente del papa Farnesio, le calumnió ante Su Santidad, que ya no le recibió como otras veces.

XII.

Este disgusto y su creciente fama comenzaron á hacerle volver los ojos hácia Francia. Mas antes de seguirle á la corte de Francisco I, príncipe que por su triple pasión por la guerra, las artes y la galantería igualaba á Enrique IV, Luis XIV y los Valois, refiramos por su boca una anécdota que parece dar la clave de algunos de sus gustos secretos, harto comunes en aquel tiempo de gran corrupción en Grecia y en Italia:

«Quería viajar solo; mas no pude á causa de un muchacho que tenía, llamado Ascanio, que era el mejor criado del mundo. Háblele recibido de un platero español, que me lo cedió voluntariamente. Le llamábamos *Viejecito*, porque estaba muy flaco, y su razón era muy superior á su edad de trece años; pero en pocos meses se restableció tanto, adquiriendo tan hermoso desarrollo, que pasaba por el muchacho más guapo de Roma. Aprendía con facilidad cuanto le enseñaba, y le trataba como á hijo mio. Gran fortuna había sido para él caer en mis manos, por cuya razón iba con frecuencia á dar gracias á su antiguo amo, que estaba casado con una jóven muy agradable. «Ascanio, le decía ésta, ¿qué has hecho para ponerte tan guapo?—Me han puesto así los buenos tratamientos de mi maestro

Benvenuto.» Mucho llamaban la atención á aquella maliciosa mujer estas palabras, y como pasaba por ser muy galante, creo que hubo de hacerle algunas indicaciones poco honestas, porque Ascanio iba á verla con más frecuencia que de costumbre.

«Un día que estaba yo fuera de casa, el muchacho tuvo la osadía de faltar al respeto á un oficial del taller, quien, á mi regreso, se me quejó. Prohibí á Ascanio que en lo sucesivo se tomase tales libertades; pero habiéndome contestado con impertinencia, la emprendí con él á puntapiés y puñetazos, no pudiendo escapar de mis manos sino dejando entre ellas el gorro y la capa. Dos días estuve sin saber qué había sido de él, hasta que un caballero español, llamado D. Diego, para quien había trabajado yo y era amigo mio, me dijo que Ascanio había vuelto á casa de su antiguo maestro. Señor don Diego, le contesté, siempre os he conocido como hombre honrado; pero ese Francisco (el platero se llamaba así) es todo lo contrario que vos. Podeis decirle que si él mismo no me trae á Ascanio desde ahora hasta la noche, tendrá que habérselas conmigo, y que de igual manera trataré al muchacho si no abandona la tienda. Don Diego marchó sin contestarme á repetir mis palabras á Francisco, á quien impresionaron tanto, que no sabía qué hacer. Entre tanto marchó Ascanio á buscar á su padre, que aquel día había venido á Roma desde Taglia-Bozzo, donde moraba, y que aconsejó á Francisco me devolviese á su hijo. «Llevádselo vos mismo,» le decía; y por otro lado repetía D. Diego: «Va á suceder una desgracia; ya sabeis quién es Benvenuto; vamos, venid, yo os acompañaré.» Paseaba yo impaciente en la tienda esperándoles, dispuesto á hacer algo más terrible de cuanto había hecho

en mi vida, cuando les vi llegar á los tres con el padre, á quien no conocia. Miréles con enojados ojos cuando entraron, y Francisco, pálido y temblando, me dijo: «Aquí teneis á Ascanio, á quien habia recibido otra vez no creyendo ofenderos.» El mancebo añadió respetuosamente: «Maestro, perdonadme; haré cuanto me mandeis.» Entonces contesté: «¿Vienes para terminar tu aprendizaje como habias prometido?—Para siempre, si queis, me contestó.—Que le traigan sus ropas, dije, y que se marche donde quiera.» Don Diego quedó sorprendido ante mi conducta, y juntamente con Ascanio y su padre, me suplicó admitiese al muchacho. Habiendo preguntado quién era aquel hombre, y enterado de que era padre de Ascanio, le dije: Por respeto á vos, le recibo. Y así terminó la cuestión.»

XIV.

Benvenuto encargó su taller de Roma á Tilici, uno de sus mejores discípulos, y acompañado de Ascanio y un jóven de Perugia, partió con ellos de Roma á caballo y armados. En Padua le recibió el cardenal Bembo, mandándole hacer su retrato, y regalándole tres caballos turcos para continuar el viaje. Sus aventuras al atravesar los Alpes desde Padua á Lyon están escritas á la manera de *Gil Blas*. «Riendo y cantando siempre, dice, llegamos, y lo mismo desde Lyon á Paris.»

Aunque amenazado de dispendiosa guerra, Francisco I le recibió en Fontainebleau, Vaticano de los Valois. El Rey, que partia para Italia, le invitó á seguirle para hablar de las obras que se proponia encargarle, y Benvenuto montó á caballo con su comi-

tiva, atravesó el Simplon, continuando hasta Ferrara.

«Inmediatamente fui á saludar al Duque, dice, á fin de poder partir á la mañana siguiente para Loreto. Despues de dos horas de antesala, tuve el honor de verle y de besarle las manos. Quiso que le acompañase á la mesa, pero le rogué me excusara, en vista de que, comiendo muy poco desde mi enfermedad, tomia por mi salud si abusaba de sus excelentes manjares; y que no comiendo, tendria más tiempo para contestar á sus preguntas.

»Permanecí con él algunas horas, y habiéndome despedido, encontré en mi posada una mesa cubierta de delicados platos, que habia tenido la bondad de enviarme, con excelente vino. Como ya habia pasado la hora en que acostumbraba á comer, tuve mucho más apetito, y aquel día fué el que hice mejor comida despues de cuatro meses.

»A la mañana siguiente marché á Loreto, donde oré á la Santa Virgen.»

XV.

De regreso en Roma, persiguieron á Benvenuto el papa Farnesio y el famoso Pier Luigi, so pretexto de hacerle restituir riquezas que habia sustraído al papa Clemente VII durante el asedio del castillo de Sant-Angelo. Justificóse; mas no por ello dejaron de tenerle encerrado en la fortaleza. Francisco I lo reclamó por medio de su embajador Monthuc; y el inflexible Papa continuó reteniéndole prisionero. Decidióse al fin á evadirse; hizo cuerdas con las sá-

banas de la cama, y realizó su proyecto, consiguiendo salvar el último recinto, pero con una pierna rota. Un pobre *aniero* le llevó en un borrico hasta las gradas de San Pedro, y el cardenal Cornaro le recogió, haciéndole curar y ocultándole en una habitación secreta del palacio. Cornaro pidió su perdón al Papa, y éste se lo otorgó bondadosamente, confesando que en su juventud había hecho otro tanto. Farnesio decía la verdad: en otro tiempo estuvo preso en el castillo, del que se evadió. En seguida dijo al Gobernador: «Id á preguntarle quién le ha ayudado en la fuga, y decidles que les perdono á todos.»

XVI.

Antes de ser reducido á prision, tuvõ un disgusto por una bagatela con un familiar del cardenal Santa Fiore, y quiso obligarle á batirse. Quejóse éste al Cardenal, que contestó que si Benvenuto le tocaba, le curaría la locura haciéndole perder la cabeza. Si hemos de dar crédito al informe que Pier Luigi dió al Papa, enterado Benvenuto de esta amenaza, tenía siempre preparado el arcabuz para matar al Cardenal, cuyo palacio daba enfrente de su tienda.

«Necesario es que me explique, dice Bevenuto, sobre esta calumnia de Pier Luigi. Aquel familiar del cardenal Santa Fiore me trajo un dia á la tienda un anillo de oro muy sucio, encargándome lo limpiase. Ocupado en otras obras más importantes, y viendo me mandaba con grosería un hombre que no había visto ni conocido en mi vida, le con-

testé que no tenía tiempo y que fuese á otro. Díjome entónces que era un asno. No, le contesté, no soy asno, y valgo mucho más que vos. No me molesteis más, porque os daré cocas más fuertes que las del asno. En seguida marchó á contar al Cardenal, exagerándolo, lo que le había dicho. Dos dias despues, tiré á la parte alta del palacio Santa Fiore sobre una paloma que anidaba en un agujero y que muchas veces había errado el platero Tacca, que era mi rival en el tiro de arcabuz. Algunos amigos que estaban en la tienda dijeron: «Mirad qué miedo tiene aquella pobre paloma; apenas se atreve á asomar la cabeza.» En vano se esconde, dije; si cogiese el arcabuz, no la erraría. Desafiáronme á hacerlo, y aposté una botella de vino griego á que le quitaba la cabeza, que era lo único que veía de la pobre paloma. Aceptada la apuesta, cogí el arcabuz y gané la botella de vino griego, no pensando en aquel Cardenal ni en ningun otro.

«Disgustado el Papa conmigo, mandó reducirme á prision, y me llevaron á Sant-Angelo, donde mis amigos continuaban visitándome y ofreciéndome sus servicios. Entre ellos estaba un griego jóven, de veinticinco años de edad, bueno, fiel á la amistad, pero débil y crédulo. Desconfiando de las intenciones del-Papa, dije un dia á este amigo: Quieren asesinar-me; ya es tiempo de que me socorras. El cuidado que tienen en atender á todos mis gastos, me confirma en la idea de que quieren hacerme traicion. «Querido Benvenuto, me contestó, dicen en Roma que el Papa va á darte un empleo de quinientos escudos de renta; así, pues, te ruego no le irrites con tus sospechas.» Bien sé, le dije, que podría favorecerme si quisiera; pero cree interesado su honor en perderme: por eso te suplico con las

manos juntas que me saques de aquí: te deberé la vida y te la sacrificaré si la necesitas.

»El pobre jóven me contestó llorando: «Querido Benvenuto, quieres correr á tu pérdida; pero aunque te obedezco á pesar mio, dime qué quieres que haga.» Entónces le enteré de lo que debía hacer para conseguir con seguridad buen resultado; y cuando le esperaba, vino á dèirme que, en interes mio, no me obedecia; que sabia por buen conducto y por personas inmediatas al Papa, que eran buenas sus intenciones para conmigo; todo lo cual me affigió mucho. Pasaba esto el dia del *Corpus*. Aquella misma noche me trasladaron á la torre de *Nona*, acostáronme en un mal colchon, y me dejaron un centinela que á cada momento me decia: «¡Pobre Benvenuto! ¿qué les habeis hecho?»

»El sitio donde me encontraba y las palabras de aquel hombre me decian claramente lo que me esperaba. Toda la noche reflexioné en lo que podia haber hecho que mereciese tan duro castigo, y no encontre el motivo.

»En medio de tan tristes meditaciones, me dominó por un momento el sueño, despertándome el centinela al amanecer. «¡Desgraciado jóven, me dijo, no es hora de dormir; vienen á traeros una mala noticia!—Cuanto ántes será mejor, le contesté, persuadido de que mi alma se salvará en favor de mi inocencia. Jesucristo no abandona jamás á los que le sirven, y le doy gracias por ello. ¿Por qué no vienen á leerme la sentencia?—El encargado de hacerlo está tan afligido como vos, me contestó el centinela.» Entónces le llamé por su nombre, porque le conocia. Venid, le dije, Sr. Benedetto di Cagli; venid, estoy preparado á todo. Mandadme solamente un sacerdote para que me confiese, aunque ya lo

he hecho delante de Dios. Leedme la sentencia, despachad pronto, para que no me abandonen mis santas resoluciones. Oyendo mis palabras aquel hombre, mandó que cerrasen mi prision, porque nada podia hacerse sin él; y en el acto marchó á casa de la Duquesa esposa de Pier Luigi, que en aquel momento estaba con la otra Duquesa esposa de Octavio, y le habló de esta manera: «Señora, os ruego en nombre de Dios que digais al Papa mande á otro á leer la sentencia á Benvenuto, porque me es imposible hacerlo.» Y salió en seguida con el corazón destrozado por el dolor. La otra Duquesa exclamó entónces: «¿Es así como se hace justicia en Roma, en nombre del Vicario de Cristo? Mi primer marido, que queria mucho á Benvenuto por su talento y buenas cualidades, tenia razon al querer conservar le en Florencia é impedir que viniese á Roma.» Y se marchó murmurando palabras muy agrias.

La esposa de Pier Luigi corrió inmediatamente á ver al Papa, y arrojándose á sus piés delante de varios Cardenales, tantas cosas le dijo, que le hizo ruborizar y le arrancó estas palabras: «Lo perdono por cariño hácia vos, y tanto más, cuanto que no le quiero mal.»

»Pero habló de esta manera porque se encontraba delante de los Cardenales, que habian oido las atrevidas frases de aquella mujer generosa. Entretanto, encontrábame yo lleno de angustias crueles, aumentadas con la presencia de los que habian de ejecutarme; mas habiendo llegado la hora de comer, al contemplar las provisiones que me enviaban, exclamé sorprendido: ¿Habrà vencido la verdad á mi mala estrella? Ruego á Dios me saque pronto de este paraje; y comencé á comer con bas-

tante apetito, porque la esperanza desvanecía mis temores, y permanecí en este estado hasta la una de la noche, hora en que vino el celador con su gente, y empleando corteses palabras me condujo con muchas atenciones, atendiendo al estado de mi pierna, al punto de donde me sacó.

»El Gobernador del castillo vino á verme; habléle con acritud y exclamó encolerizado: «Que le lleven al jardín, y que no me hablen más de él.» Lleváronme, pues, al jardín, y me colocaron en una habitación muy húmeda, llena de insectos asquerosos y de tarántulas. Arrojárónme un mal jergon y me encerraron, sin cenar, bajo cuatro cerrojos. A las diez de la mañana siguiente me trajeron de almorzar; pedí algunos libros míos, y me dieron la Biblia Vulgata y la Crónica de Villani. En vano pedí otros; contestáronme que con aquellos tenía demasiados.

»En esta situación pasaba la vida, acostado en mi pobre y húmedo jergon, sin poder moverme á causa de la fractura de la pierna, y obligado á arrastrarme entre inmundicias para proveer á mis necesidades en el exterior, para no aumentar la fetidez del aire de la habitación.

»Diariamente leía la Biblia, y tanto placer encontraba en ello, que no hubiese hecho otra cosa á tener luz. Desesperábame tanto cuando la oscuridad interrumpía mi lectura, que me hubiese matado. Un día me decidí á hacerlo, y con grandes esfuerzos suspendí sobre mi cabeza un pedazo enorme de madera que la hubiese aplastado; pero cuando quise hacerle caer con la mano, me detuvieron y arrojaron á cuatro pasos de distancia de un modo invisible. Quedé aturdido y medio muerto, hasta que me trajeron la comida, y ot al capitán Monaldi, que

decía: «¡Desgraciado! ¡qué fin han tenido sus admirables talentos!»

»Despertáronme estas palabras, y le ví con un sacerdote á su lado, que exclamó: «¡Decíais que estaba muerto!» El carcelero contestó: «Lo he dicho porque así lo he creído.» En seguida me levantaron del mojado y podrido jergon que arrojaron fuera, y me dieron otro de parte del Gobernador, á quien refirieron lo ocurrido.

»Reflexioné despues sobre la causa que me habia impedido darme la muerte, y la consideré completamente divina. Durante la noche se me apareció en sueños un jóven maravillosamente bello, diciéndome con acento de queja:—Sabes quién te ha dado la vida y quieres quitártela antes de tiempo.—Creo que le respondí que agradecía todos los beneficios de Dios.—En ese caso, ¿por qué deseas destruirlos? me replicó. Déjate guiar y no pierdas la esperanza en su divina bondad.

»Habiendo cobrado valor por mis propias fuerzas, continuaba leyendo la Biblia, y de tal manera me habia acostumbrado á la oscuridad de mi prision, que en vez de hora y media podia destinar tres á la lectura.

»Mucha molestia me causaban las uñas, que habian crecido tanto, que no podia vestirme ni tocarme sin herirme; los dientes enfermaban, y de tal manera se separaban del alvéolo, que podia arrancármelos sin dolor, como si estuviesen metidos en un estuche.

»El buen Gobernador mandaba frecuentemente en secreto á saber qué hacía; y como á fines del mes de julio, regocijándome interiormente por la gran fiesta que se celebra todos los años en Roma el día 1.º de Agosto, me decia: Hasta ahora he celebrado

esta fiesta con espíritu mundano; este año la celebraré con corazón completamente entregado á Dios: ¡cuanto mayor será el placer que encontraré así! los que me escuchaban fueron á referirlo al Gobernador, que exclamó dolorosamente: «¡Dios mío, vive satisfecho en medio de padecimientos, y yo muero por causa suya, en medio de todas las comodidades de la vida! Marchad, y metedle en la caverna subterránea; tal vez esa prision le quitará la alegría.»

»En seguida vino el capitán Monaldi con veinte hombres armados, y me encontró de rodillas delante de Dios Padre, rodeado de sus ángeles y de un Cristo resucitando victorioso, que habia dibujado en la pared con un pedazo de carbon que encontré en el suelo.

»Durante cuatro meses que habia estado tendido sobre el dorso, á causa de la fractura de la pierna, habia soñado tantas veces que los ángeles venian á vendarla, que al fin lo creí, y ya me encontraba tan fuerte como si nunca hubiese estado malo. Aquellos hombres armados que habian venido á llevarme, me temian como si fuese yo verdadero dragon. El capitán me dijo: «Venimos muchos hombres armados haciendo ruido, y ni siquiera os dignais mirarnos.» Conociendo por estas palabras que venian á aumentar mis males, y encontrándome preparado á soportarlo todo, contesté: He puesto en Dios, rey de los cielos, todos los pensamientos de mi alma, y nada queda para vos. Lo que hay bueno en mí, no cae bajo vuestro poder; así, pues, haced lo que querais. Aquel cobarde, no comprendiendo lo que queria decir, mandó á cuatro soldados de los más robustos que retirasen las armas, temiendo que me apoderase de ellas, y les gritó en seguida: «¡Pronto! ¡pronto! ¡lanzaos sobre él, cogedle y suje-

tadle bien! ¡Méno temerá al diablo! ¡Cuidad que no se os escape!»

»Atado y maltratado por ellos, y esperando mayores males aún, alcé los ojos hácia el Cristo, diciendo: ¡Dios justo! ¡Vos pagasteis en la Cruz todas mis deudas, ¿por qué ha de pagar mi inocencia las de personas que me son desconocidas? ¡Pero cúmplase vuestra voluntad!

»Lleváronme en seguida, alumbrándose con una antorcha, creyendo yo que iban á arrojarme en la mazmorra de *Sammalo*, lugar espantoso que ya habia devorado á muchos, y al que se caía desde lo alto hasta los cimientos del castillo. Pero no sucedió esto, y creí haber escapado bien. Contentáronse con encerrarme en la caverna del *Predicador*; y en cuanto quedé solo, canté un *Miserere* y un *De profundis* y el salmo *In te, Domine, speravi*. Celebré la fiesta del día con Dios, y mi corazón quedó henchido de fe y esperanza. Al día siguiente me sacaron de aquella caverna trasladándome al primer calabozo, y delante de ellos, al ver la figura de mi Dios, derramé lágrimas de alegría.

»El Gobernador continuaba queriendo saber qué hacia; el Papa se informaba también de todo, y e primero, despues de haber decidido mi muerte, viéndose muy enfermo, cambió de resolución, exclamando: «¿No es éste el mismo Benvenuto cuya inocencia tan perfectamente conozco? Marchad y decidle que en vez de la muerte le doy la libertad. Quiero además perdonarle, en mi testamento, todos los gastos que me ha ocasionado.»

»Entre tanto continuaba yo orando y escribiendo el relato de mi cautiverio.

XVII.

»Pocos dias despues, murió el Gobernador del castillo de Sant-Angelo, persuadido de que me encontraba completamente libre. Dieron su puesto á su hermano Antonio Ugolini, encargándole el Papa que me vigilase hasta que dispusiera otra cosa.

»El Sr. Durante de Brescia, de quien ya he hablado, estaba de acuerdo con un soldado, farmacéutico de Prato, para mezclar á mis comestibles alguna sustancia mortal que me hiciese morir en cuatro ó cinco meses: ocurrióseles el diamante pulverizado, que no es veneno por sí mismo, pero que es la única entre todas las piedras cuyo polvo conserva puntas agudas que, introducidas en el estómago ó en los intestinos, los desgarran insensiblemente acabando por matar. Dieron á aquel hombre un diamante de poco valor, y dijéronme que encargaron pulverizarlo á un lapidario llamado Leon Aretino, que se contaba entre mis enemigos más encarnizados. Pero como era muy pobre y aquel diamante al fin y al cabo valia algunas docenas de escudos, se lo guardó y dió al soldado polvo de otra piedra. Mezcláronlo con todós los manjares que me servian, siendo la primera vez en un dia de fiesta en el que tuve mucho apetito, porque habia ayunado la vispera. Sentí en efecto crujir algo entre las muelas, pero me encontraba muy lejos de pensar en tal infamia. Sin embargo, ví brillar algo en el plato entre los restos de una ensalada, y habiéndolo mirado de cerca, creí en verdad que era polvo de diamante. Esto me recordó lo que me crujia en la boca, y pensé en la muerte.

»Inmediatamente recurrí á mis oraciones ordinarias, y dí gracias á Dios por sucumbir de muerte tan dulce y diferente de aquella que tantas veces me habia amenazado. Pero como la esperanza no nos abandona jamás, cogí un cuchillo, comprimí sobre pedazos de hierro algunos granos de aquel polvo, y me cercioré al fin de que no era de diamante, sino de piedra blanda que no podia hacerme ningun daño. Bendije á Dios, y poco despues bendije tambien la pobreza que me habia salvado la vida, cuando á tantos desgraciados mata.

»En esta situacion me encontraba, cuando llegó á Roma el Cardenal de Ferrara, inmediatamente fué á saludar al Papa, quien le retuvo hasta la hora de comer. Mucho hablaron de Francia y de la generosidad de su gran Monarca; y acerca de este asunto le dijo el Cardenal cosas tan agradables que le pusieron del mejor humor del mundo. Viéndole en excelentes disposiciones, le pidió con insistencia mi libertad, diciéndole que el Rey deseaba mucho verme, y el Papa contestó riendo: «¡Bien, bien, lleváoslo en seguida!» Y dió la orden al levantarse de la mesa.

»El Cardenal mandó aquella orden inmediatamente, y dos de sus principales familiares me sacaron del encierro á las cuatro de la madrugada, llevándome á su palacio, donde se me recibió con toda la bondad posible.

»El nuevo Gobernador, olvidando que su hermano me perdonó al morir todos los gastos que le habia ocasionado, se portó como verdadero esbirro, obligándome á reembolsarle; lo cual me costó bastante dinero.

»El Cardenal me recomendó mucho que me guardase y estuviese prevenido si queria gozar de la

libertad, porque el Papa comenzaba á arrepentirse de habérmela concedido.

»Mencionaré ligeramente un sueño que tuve en la prision, en el que ví un hombre que me escribía sobre la frente misteriosas palabras, encargándome tres veces que no las dejase ver á nadie: al despertar me encontré la frente completamente negra. En derredor de la cabeza me habia quedado cierto resplandor que se veia especialmente al salir el sol ó al ponerse, y mejor aún cuando la tierra estaba cubierta de rocío. Observé esto en Francia, donde el aire está más despejado de nieblas que en Italia. Algunas personas lo vieron tambien, no pudiendo dudar del milagro.

»En el palacio del Cardenal me trataban perfectamente y recibia muchas visitas: todo el mundo queria ver á un hombre que habia escapado á tantos peligros. Para restablecer mis fuerzas salia á pasear en los caballos del Cardenal, acompañado por dos jóvenes, uno discípulo mio y el otro amigo. Un dia fui á Taglia-Cozzo para ver á Ascanio, y toda su familia me recibió con alegría. Me traje al jóven conmigo á Roma, y durante el camino hablamos mucho de nuestro oficio, estando yo impaciente por dedicarme de nuevo á él. Comencé por una palanca de plata que habia prometido en Francia al Cardenal y que encontré bosquejada; el jarro me lo habian robado con otros muchos objetos preciosos. Dedicué á mi oficial Pagolo á trabajar en la palanca, y yo comencé de nuevo el jarro, que estaba enriquecido con tantas figuras y adornos en bajo relieve que todo el mundo lo admiraba. El Cardenal venia á verme dos veces lo menos cada dia, con los señores Alemanni y Cesano, literatos y sabios; y no obstante la premura de mis trabajos, con frecuencia

pasaba horas enteras hablando alegremente con ellos: por todas partes me encargaban nuevas obras. El Cardenal quiso que le hiciese un sello pontificio, que resultó tan bien, que lo consideraba superior á los del célebre Lantizio, complaciéndose el Prelado en compararlo con los de los otros cardenales, que casi todos habian salido de manos de aquel gran maestro. Quiso tambien que le hiciese un modelo de salero que no se pareciese en nada á la moda de la época, y con este motivo dijo muy buenas cosas el Sr. Alemanni, añadiendo otras el de Cesano. Muy contento el señor Cardenal por todo lo que con tanta complacencia habia escuchado, me dijo: «Benvenuto, las proposiciones de estos señores me agradan y no sé por cuál decidirme: te dejo la eleccion.» Señores, les dije yo entonces, los hijos de los emperadores y de los reyes tienen en sí algo de majestuoso y de divino; sin embargo, si preguntais al campesino más humilde si quiere más á los hijos de los reyes que á los suyos, os contestará que á los suyos. Yo, como él, tengo mucho amor á mis hijos, que son las obras que ejecuto: por esta razón, Monseñor, el modelo que os presentaré será de mi invencion; y poco despues le presenté un óvalo de unas quince pulgadas de altura, adornado con dos figuras entrelazadas, como el mar abraza á la tierra, y por encima un barco que contenia la sal.

»Una figura representaba Neptuno con el tridente en la mano, llevado por cuatro caballos marinos, y la otra la Tierra, bajo la forma de mujer hermosa, apoyando el brazo en un templo que guardaba la pimienta, y llevando en el otro un cuerno de la abundancia. Debajo de la figura de la Tierra habia colocado toda clase de animales de los que ella cria; y bajo la del Mar, los peces que alimenta.

»Cuando vinieron el Cardenal y aquellos dos señores, les mostré el modelo en cera. El señor Cesano exclamó: «Pero este trabajo no podría terminarse ni aun contando con la vida de diez hombres; y vos, Monseñor, que quereis gozar de él, no lo obtendreis sino para vuestros herederos. Benvenuto ha querido mostraros un hijo suyo, pero no para dároslo como nosotros, que os proponíamos cosas factibles, mientras que él os ofrece cosas de las que no se hacen.» El señor Alemani me defendió, y el Cardenal dijo que aquella empresa era demasiado considerable. Entonces tomé yo la palabra y dije:

»Seguro estoy de terminar esta obra *para aquel que debe recibirla*, y la haré mas bella aún que el modelo: espero vivir bastante para terminar otras más importantes. Algo disgustado el Cardenal, me contestó: «En ese caso la harás para el rey á quien te llevaré, y no para otro.» Y me enseñó cartas de Francisco I, que le invitaba á regresar cuanto antes á Francia y llevar á *Benvenuto*. ¡Oh! ¡cuándo llegará ese feliz instante! exclamé alzando las manos al cielo.

»El Cardenal no me concedió más que diez dias para arreglar mis asuntos en Roma y prepararme. El dia de la marcha me regaló un hermoso caballo, llamado *Tournon*, porque se le habia dado el cardenal de este nombre, y Pagolo y Aescanio recibieron cada cual el suyo.

»El Cardenal, que tenía numerosa servidumbre, la dividió en dos grupos. El más noble le siguió por la Romanía á Loreto y Ferrara, su residencia principal; y el otro, mucho más numeroso, pasó por Florencia. El Cardenal no queria que me separase de él, á causa de los peligros que podia correr; mas le supliqué que me permitiese ir á Florencia para

abrazar á mi hermana, que tanto habia sufrido por mis desgracias, y á dos primas, religiosas en Viterbo, donde dirigian un rico monasterio, y que tantas plegarias habian hecho y tantas oraciones recitado para obtener la gracia de Dios en mi favor.»

Trágica aventura le esperaba en Siena.

»Salí del convento de Viterbo con mis dos compañeros de viaje, caminando en tanto delante, en tanto detras de la comitiva del Cardenal, de manera que llegamos el Juéves Santo por la tarde á una posada cerca de Siena. Allí encontré caballos de regreso que estaban descando alquilar por poca cosa á quien los pidiese. Apeéme de *Tournon* y coloqué mi silla y estribos á uno de aquéllos, dejando el mio para que lo llevasen los muchachos, porque queria llegar temprano á Siena para ver á un amigo. El postillon que me guiaba me enseñó una posada buena, y le devolví el caballo, olvidando recoger la silla y estribos. Pasamos alegremente el resto del dia, y á la mañana siguiente recordé que habia dejado la silla y estribos en el caballo que monté. Repetidas veces mandé á pedirlos al maestro de postas, pero se negó á devolvérmelos, so pretexto de que habia reventado al caballo.

»El posadero que me hospedaba me dijo: «Fortuna tendreis si no os sucede algo peor que perder la silla y estribos. Ese hombre es el más brutal que hay aquí, y tiene dos hijos soldados que son más aún que el padre: por esta razon os aconsejo que compreis otra y calleis.»

»Creí yo, sin embargo, que el maestro de postas me devolveria la silla á fuerza de buenas palabras, y nada temia, por otra parte, con mi excelente arcabuz, mi cota de malla y montando un buen caballo, que manejaba muy bien. Habia acostumbrado á

mis dos compañeros á que llevasen tambien cota de malla, confiando especialmente en Pagolo que nunca se la quitaba en Roma. Era además Viérnes Santo, día en que los locos deben dar tregua á su locura.

»Cuando llegamos á la puerta reconocí á mi hombre porque me habian dicho que era tuerto; y adelantando solo para hablarle:—Maestro, le dije, ruégoo que me devolvais la silla y los estribos, porque ningun daño he hecho á vuestro caballo. Contestóme tan brutalmente, que le dije:—No sois cristiano, por lo visto, puesto que queréis perjudicarme hasta en Viérnes Santo. «Lo mismo me importa que sea Viérnes Santo que viérnes del diablo. Si no os marchais, ¿veis esta pica y este arcabuz? pues sois hombre muerto.»

»Estas palabras llamaron la atención á un caballero anciano que venía de la iglesia, y que, apoyando mis razones, le afeó su mala conducta con un extranjero, y sus blasfemias. Sus dos hijos entraron entonces en la casa sin decir palabra; mas el padre, furioso con las reconvenciones del anciano, bajó la pica, jurando que iba á matarme. Viendo su intención, me separé un poco enseñándole la boca del arcabuz para mantenerle á distancia. Arrojóse entonces sobre mí más furioso que ántes, cuando mi arcabuz, que mantenía algo levantado, se disparó por sí solo, y la bala, chocando en el arco de la puerta, rebotó sobre su cabeza derribándolo al suelo.

»Al ruido acudieron sus hijos, uno con una horqueta y el otro con la pica de su padre, arrojándose éste sobre Pagolo y el otro sobre un milanés que nos acompañaba y que se defendía gritando que nada tenía que ver en la pendencia, lo cual no le

impidió recibir un golpe que le rasgó la boca. Yo habia picado al caballo para volver al combate una vez cargado el arcabuz, decidido á hacerme matar para vengar á mis compañeros, que creía muertos; pero les ví venir diciéndome Ascanio, que llegó el primero, que Pagolo estaba mortalmente herido. «¿Acaso, le pregunté, no llevaba la cota de malla?—La habia dejado en la maleta, me contestó.—¡Desgraciado Pagolo, exclamé entonces; no la llevabas más que para echarla de guapo mozo en Roma, y te la quitabas cuando te era más necesaria! ¡Voy á morir por tu necedad!» Pero en el acto supe por el milanés herido, que el golpe dirigido á Pagolo no habia hecho más que arañarle la piel; que el maestro de postas estaba muerto, y que sus hijos se preparaban á vengarle; y me suplicaron que no comenzase otra vez la lucha, porque sucumbiria en ella. Puesto que estais contentos, les dije, yo lo estoy tambien; adelante, piquemos los caballos y lleguemos á Staggia, donde nos encontraremos en seguridad.

XVIII.

Llegado á Fontainebleau, el Cardenal de Ferrara lo presentó á Francisco I.

Veamos en qué estado encontraba la corte. El amor por la Duquesa de Etampes dominaba al Rey.

Ana de Pisseleu, duquesa de Etampes, llamada antes señorita d'Heilly, querida de Francisco I, nacida hacia 1508, era azafata de Luisa de Saboya, duquesa de Angulema, madre de Francisco I, y tenía diez y ocho años cuando este Príncipe se enamoró perdidamente de ella. Casóla con un tal